

Agua limpia y pura tras abrir el grifo.  
Quedó atrapada en la oscuridad  
y ahora sale de su escondite,  
las tuberías,  
a ver la luz frente al espejo.

Sonido sereno, constante,  
que se recoge en la bañera,  
como si de un guante de plata se tratara  
acogiendo en su palma a la delicada  
flor de la vida.

Ya rebosante en sus extremos,  
el agua  
es frenada.  
La fuente que escapaba,  
impetuosa,  
de la oscuridad de antaño,  
cambia y se convierte  
en simples gotitas de libertad.

Se respira armonía  
cada vez que una cae,  
se une a sus hermanas  
y juegan alegres con las ondas.

Van.  
Vuelven.  
Se hunden.  
Y al igual que estas  
la magia del agua  
desaparece.

Un temblor  
seguido de un orificio  
abren la salida de la calma.  
Con pausa,  
magestuosamente,  
un adiós a las luces,  
una lagrimilla del grifo.

Comienza un torbellino  
uniendo superficie con fondo,

inicio con final.

Avanza el agua,  
sin miedo a perderse.  
Y en círculo hacia el agujero negro  
sigue el camino de no retorno  
hacia la oscuridad del inicio.